

hay dificultad en admitir que la voluntad es más alta que la razón o inteligencia respecto de lo superior. Pero si por «entendimiento» se entiende el conocer humano superior a la razón, esa tesis admite reparos. En la 10ª se debe aceptar que tanto la inteligencia como la voluntad son libres, y que su libertad es distinta, pero, como es sabido, en el plano de la *naturaleza* (inteligencia y voluntad son dos potencias de la *naturaleza* humana) la distinción la marca la jerarquía. Las dos últimas tesis también son verdaderas y centrales. Sin embargo, a la última algún pensador actual añade un matiz, a saber, que se trata de una relación *trascendental* al fin último.

Se trata, en suma, de una buena exposición de la voluntad en el acceso al pensamiento de Tomás de Aquino sobre este tema. ¿Qué falta en la investigación tomista? Por una parte, el ser más explícito respecto de la cuestión de que es la *sindéresis* la que conoce a la voluntad. A este menester se puede llamar «verdadear» la voluntad. Por otra parte, falta también la vinculación de la voluntad con la *persona*, asunto que se puede expresar distinguiendo entre «querer» (voluntad) y «querer querer» (persona que respalda su voluntad). Ello indica que el querer de la voluntad es distinto al amar personal, porque el primero *busca* aquello de lo que carece, mientras que el segundo *da*. Otro añadido, o mejor, rectificación, estriba en la desvinculación del amor como acto de la voluntad, y su pertenencia a la índole del *amar personal*. Y otra corrección radicaría en que el acto superior del amor no puede ser el disfrutar (*frui*), porque ello es contrario a la donación personal. Además, por encima de la voluntad existen dimensiones del amor personal como el *dar* y el *aceptar*, cuya exposición desborda el marco de este breve resumen.

Angel Luis González

Arana, Juan: *La eternidad de lo efímero (Ensayos sobre Jorge Luis Borges)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

Este es un libro de Juan Arana sobre Borges. El género “libro sobre Borges” no es novedoso. Tampoco lo es para su autor: Arana se ganó una reputación internacional de estudioso borgiano con su título de 1994 *El centro del laberinto. Los motivos filosóficos en la obra de Borges*. Así que este catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla es reincidente trazando la cartografía de “Borges Aires”, aunque esta vez se ha ido

más bien del centro a la periferia, a los márgenes de Borges. Y ahí, en esta marginalidad puede buscarse la diferencia específica dentro del género, una diferencia tan específica que puede que rebase los límites del género.

Y es que ciertamente, más allá, tal vez, de la *intentio auctoris*, el texto de Arana en su originalidad permite una doble lectura simultánea. No se trata de reiterar tópicos decostructivistas que coronen al lector como otro autor o máquina caleidoscópica de semiosis. No se trata de recordar tampoco que la presencia del biógrafo (de ideas en este caso) va adherida indeleblemente a lo biografiado, sobre todo al modo de la ausencia, cuando más no lo pretende, en sus omisiones, en las cosas no dichas y en las cosas dichas en lugar de las no dichas, integrándose finalmente el biógrafo en la biografía. Se trata simplemente de que más acá de la posición crítica o hermenéutica profesada, en un estrato más básico de recepción, cada lector puede leer *La eternidad de lo efímero* bien como reza el subtítulo, como *Ensayos sobre Jorge Luis Borges*, aceptando la invitación de Arana, o bien y no necesariamente, claro es, de forma excluyente, como una serie de ensayos (originalmente conferencias o artículos sueltos) sobre aquellas cuestiones generales que particularmente se ha querido estudiar aquí en Borges.

Se podrá decir que eso ha de ser toda monografía sobre el autor que sea, sea cual sea su campo, que eso no es ninguna novedad. Ello es cierto. Pero no menos cierto es que habiéndolo de ser pocas lo son. Y la monografía de Arana lo es. Por eso es una novedad. Una novedad que interesará tanto al exigente erudito académico estudioso de Borges como al que tenga curiosidad intelectual por los temas tratados: el compromiso del literato, la condición posmoderna, el destino de la escritura, la inquietud del nihilismo, la cuestión del humanismo, el precio del olvido... He ahí el mérito de este libro. Aun cuando también, como no podía ser menos, el origen de lo más discutible que haya en él. En cualquier caso, no es pequeña virtud escribir un libro sobre un autor cuya existencia real puede ser poco menos que irrelevante para el interés del libro. Si se repara un poco, eso resulta ser una virtud borgiana: los textos de Borges podrían ser apócrifos, como los de tantos relatos de Borges, sin restar por ello ni un ápice de interés al texto de Arana. Con lo que, lejos de ser un desdoro, escribir un libro sobre Borges que incluso puede ser leído como si Borges no hubiera existido, se convierte en impremeditado homenaje a Borges. Ahora bien, que nadie piense que por que el libro pueda ser leído con provecho como si el propio Borges hubiese sido un personaje de ficción,

como si estuviésemos ante una mera trama filológica; antes al contrario, los trabajos que se presentan están documentados con pulcritud y no hay conjetura que no sea respetuosa con los datos. Y, sin embargo, estos ensayos difícil pero felizmente pueden escapar a una constante sensación de paradoja desde el título mismo que les sirve de reunión. *Facta ficta*, es la paradoja quizá figura retórica muy conveniente para un acercamiento filosófico a la inteligencia borgiana. Podría discutirse si más o menos oportuna que tropos por dislocación como la ironía o la metáfora para caracterizar el eje estructural del texto borgiano, mas sin discusión la paradoja es manifestación principal del *acutum genus dicendi* del “conglomerado Borges” de desafío a la inteligencia e invitación al juego y al placer intelectual. La paradoja establece una complicidad entre el autor y su lector, quien, a su vez, se ve incitado a una cooperación interpretativa que va más allá de la forma aparente de lo que se enuncia. No es de extrañar, aunque Arana no lo llegue a explicitar nunca, que se haga de este recurso retórico (al rétor le interesa lo que el lógico condena) una llave o clave de lectura de Borges.

Gracias a este metalogismo, Arana puede repristinar de modo inmanente determinadas categorías con que de modo transcendente a su discurso se ha pretendido tan a menudo juzgar a Borges. En efecto, estos ensayos se pueden considerar como una reevaluación de conceptos con los que se ha medido a Borges a resultas de la cual se revelan ahora como periféricos o externos, extrínsecos al autor y su obra. De ahí, tal vez, la utilidad de la paradoja, tan central a Borges, para situarse en sus márgenes. Y es que la paradoja es uno de esos enunciados que animan a la disociación nocional, si uno atiende, como es –nunca mejor dicho– lógico, a la coherencia del pensamiento. Así, con Borges estamos ante un descomprometido comprometido, ante un antihumanista humanista, un posmoderno moderno, etc. La paradoja, en principio, invita a una disociación sin precisar de qué modo debe efectuarse esa disociación. El buen hacer del ensayista ha consistido, sin embargo, en reunir pruebas sobradas para sugerir cuál sea ese modo, sin por supuesto reivindicar un “auténtico” o “verdadero” Borges. A nadie se le va a ahorrar aquí la ponderación personal de las mismas, que sólo la propia lectura podrá propiciar. Baste decir que ese modo le permite a Arana volver de los márgenes al centro... al centro –como en paradójico juego de la oca– del laberinto.

José Antonio Marín Casanova